

---

# Arte

---

## El arte como experiencia vital

HÉCTOR J. CARTIER

### EL ARTE COMO ACTIVIDAD

EN EL NUMERO SEIS de esta revista (1958) se dan datos biográficos del profesor Héctor J. Cartier con motivo de la publicación de su trabajo *Experiencia plástica y visión. Profesor de Visión en la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata. Ex profesor de la misma asignatura en la Escuela Nacional de Bellas Artes "Prilidiano Pueyrredón" y Escuela Superior de Bellas Artes "Ernesto de la Cárcova". Investigador de los problemas referidos a la educación por el arte, ha formado parte de diversas comisiones encargadas de las reformas de los planes de estudios en las escuelas de Bellas Artes. Pintor, conferenciante, articulista, ha formado parte, asimismo, de jurados de selección de obras argentinas destinadas a certámenes internacionales. Director del Instituto de Educación por el Arte, con sede en la ciudad de Buenos Aires.*

**T**ODA referencia alusiva a la actividad artística en la dimensión que expresa un contenido vital excede, de hecho, cualquier forma canónica del discurrir pensando, lo que equivale a decir que los juicios que a esta experiencia se refieren, narran un acontecer, lo describen, pero no son la experiencia misma. Esta experiencia dice de la vida hecha presencia con la emoción de su evidencia, que habita y se revela en el plano inteligible, es decir, que no puede ser aprisionada con conceptos discursivos que expliquen el hecho. El arte, en cuanto vivencia, es una experiencia que sólo por la participación puede transferirse. No es, por otra parte, la actividad artística, una actividad que pudo tener su origen en circunstancias fortuitas o caprichosas. El arte en forma especial, entre otras formas de expresión, alude a aquello que a la naturaleza humana le es esencialmente constitutivo: su capacidad de hacer consciente a la conciencia de ser, de ser en sí y de reflejarse en el mundo de las cosas y de los seres. Excede el plano puramente crítico y, aunque se muestre,

no es un espectáculo; es una participación que acontece en el ser y en el ser se inaugura. Pero, en la actividad artística, la forma de reflejarse implica un compromiso vital, no a la manera del filósofo o del científico que abstrae a través de la más juiciosa analítica deductiva (aunque tal actitud suponga un hecho de lúcida creación) sino, a modo de invitación a participar desde una revelación en un continuo presente y en el decurso de su natural acontecer.

El arte en cuanto auténtica actividad creativa es generado a partir de una emoción sentida en dimensión inteligible que descubre el ser de las cosas más allá de lo que presenta, es decir, que no explica ni describe, presenta existiendo y desde el mundo de las formas. Más aún: este existir encarnado implica un compromiso vital que penetra en la cosa —símbolo presentativo— y desde ella y por ella acontecemos existiendo como estando incluidos en ese todo en cuanto motor y movido, y en calidad de partícipes en una configuración dialéctica de fuerzas y como si fuéramos ellas mismas. Esta forma especial de acceder a la realidad, que entraña un compromiso vital, total y presente, rebasa de por sí al puro *logos lógico*, adviene desde el imperio del *logos vital* y ontológico por medio del cual aquello que se expresa toma humana dimensión existencial. Podemos decir que esta manera de ser en el mundo, anima aún a las cosas aparentemente indiferentes por una implicación antropológica total en el mundo y viceversa. Tal actitud, en cuanto experiencia creativa, aunque no esté referida directamente al mundo del arte, dice del impulso que tiende a develar el ser de las cosas: un penetrar en la región del sentido más allá de toda apariencia, por cuanto el sentido, ontológicamente y como dimensión de la naturaleza humana, da vigencia existencial y expresiva a la forma constitutiva del ser que habita en el ente. El arte, como actividad, da sentido a esta experiencia por la necesidad de expresar, de poner en obra, vale decir, de participar en la constitución de un mundo. Por otra parte, y como trasfondo de la objetivación sensible, el arte expresa la conciencia de ser en el existir y del acontecer que busca trascender la angustia y la presencia de una limitación que nos desarraigó del origen vital, para reintegrarnos en aquello que hemos perdido. Nostalgia, esperanza de una permanencia en lo permanente, en lo que es, como contrapartida y con el fin de dar sentido al hombre en un existir y acontecer precario. Esta visión latente va más allá del hecho sentimental configurado por un recuerdo revivido, añorado; da ocasión de trascender la contingencia del hallarse sumido entre la caducidad e indiferencia de las cosas para instalarse en un acontecer vital, origen de todo sentido. Es desde esta intuición, y como expresión de ella,

## ARTE

que damos sentido ontológico al hacer artístico, que nos abre al mundo y al ser de las cosas, permitiéndonos canalizar las innúmeras fijaciones intelectuales y afectivas puramente subjetivas en cuanto esquemas de las defensas. Esta apertura, esta no indiferencia, esta libertad de ser sintiendo es lo que da sentido al hombre en cuanto ser de la expresión. Es a su vez la contraparte existencial y vital frente a una posición puramente pragmática, científicista, utilitaria y descriptiva del objeto en cuanto conocimiento y posesión, apartado de todo lo genuinamente humano y en donde el hombre se convierte en una cosa más en el mundo de las cosas porque el ser en cuanto ser escapa al interés de su existencia.

No es tampoco, si nos referimos al arte como actividad y, fundamentalmente al hecho de la expresión —que da sentido a esta experiencia— una pura abstracción que generaliza, por medio de la cual abstraemos al mundo y a nosotros con él. Podemos decir que el artista que se expresa no se propone por medio de un proceso discursivo testimoniar en la obra el fruto de una investigación semántica, lógica o filosófica, de los problemas del ser. Tal investigación puede no agregar un ápice al valor y sentido de su obra como tampoco la retórica en cuanto retórica es experiencia suficiente para crear una imagen poética. Esto puede ser cultura sin vivencia o un puro conocimiento sin raíz vital. La dimensión del ser que posibilita el hecho de expresarse artísticamente comienza no desde un conocimiento o técnica adquirida, sino, desde la *comprensión* sentida como emoción y presencia y, desde la intuición primaria del ser en el ser existente, que es a su vez la dimensión de sentido que opera, no a lo largo de un proceso deductivo, sino en la presente fuerza de una evidencia.

La más alta abstracción filosófica puede preguntarse por el ser y concebirlo como una realidad que trasciende a la existencia con el fin de contestar a los interrogantes de su angustia ontológica, y puede, a su vez, evadirse de los síntomas que jalonan la existencia psicofísica de la realidad humana. En cambio, el arte como actividad y en cuanto expresión —que también abstrae— lo hará desde el mundo sensible y por la imagen, engendrada, depurada y trascendida desde una emoción inteligible para, sin desprenderse del acontecer psicológico, elevarse y acampar en el ámbito ontológico.

La actividad específica del arte y los contenidos que ella expresa, no se agotan en un acto de intuición pura, ni en la emoción que lo genera e involucra. El arte es una forma de comprensión y de acceso a la realidad que se expresa y manifiesta a través de una forma tangible, visible o audible, es decir, se encarna por medio del hacer práctico para acaecer desde allí

y desde su residencia objetiva. Este es el momento, entre todas las instancias de la actividad artística, que más fehacientemente nos ubica en el corazón mismo de esta experiencia por cuanto el arte muestra una cosa —realidad visible, tangible, audible— pero dice otra. Eso otro que está allí y se niega alude a un acontecer de apertura desde una puesta en movimiento que es acción de las energías psíquicas, mentales —no racionales discursivas— despertadas frente al objeto, factor desencadenante.

El objeto, obra de arte, materia articulada por la técnica, materia hermética en sí, es la base material de la obra; pero, en cuanto forma de un contenido, se trasciende a ella, abre su materialidad para ser el contenido mismo, resonante en el existente, existiendo en la existencia de la cosa.

#### EL ARTE COMO FORMA DE UN CONTENIDO

Para hablar de forma y contenido habría que imaginar al hombre como ordenador y modelador de una realidad sensible y caótica que estaría situada frente a él. Para Kant, por ejemplo, al hombre le llega desde afuera un “caos de sensaciones” que él eleva a conocimiento racional mediante un sistema de categorías fijas, eternas y trascendentales. Si pensamos, en cambio, que no hay mundo y realidad sin el hombre y viceversa, el hombre y la realidad se constituyen como momentos de una misma dimensión. Si pensamos que el lenguaje no es un símbolo ni instrumento, sino, como dice Heidegger, “la casa del ser”, entonces no podemos hablar de forma y contenido porque, efectivamente, ello equivaldría a disociar en partes, en significado y significante, lo que se da como unicidad irreductible en el hecho de la existencia humana y por ella.

La distinción de forma y contenido proviene de haber considerado al hombre como un ente ya constituido frente a un mundo que sería su medio y con el que entraría en relación de interdependencia. Pero, no hay mundo como hay hombre, sino hombre —y— mundo; no hay forma y contenido de la cosa, sino que hay la cosa. Por eso mismo en el arte, en cuanto expresión de sentido, el hombre es la cosa expresada que arrastra consigo todo su mundo, que es, a su vez, el mundo de la cosa.

La forma y el contenido, lo objetivo y lo subjetivo en la expresión artística, convienen en una interacción dinámica sin barreras, acontecen a través de una revelación subsumida en un acto único por cuanto la forma es la expresión de un contenido y el contenido es la forma en que el contenido se manifiesta. Esta dimensión del ser existente cala en un “tempo”

## ARTE

sacral, mítico, no profano. Dice del ser no parcelado que acaece desde una revelación vivenciada y que se manifiesta siendo y como “forma” del existir expresado, es decir, en donde forma y contenido son la cosa misma.

Al igual que la palabra, la palabra no gastada, es “la casa del ser”, la palabra viva que instauro al lenguaje, cualquier otro medio que sea forma de un contenido, nos implica en la cosa expresada.

Maurice Leenhard, en su libro *DO KAMO*, refiriéndose a los melanesios, dice: “Nosotros disociamos los actos de fe de los actos manuales; pero el melanesio no conoce estas dicotomías. La misma revelación es la que impulsa al hombre y la que dicta el gesto. Y el gesto se pierde si la revelación falta”. Vale decir, que cualquier artista cuyo hacer expresivo no entronque en la dinámica impulsiva de la acción revelante se vuelve amanerado o puramente formalista. La forma es fachada, no dice más que lo que presenta. En todo caso describe, alude a modos o maneras digitadas desde fuera en la imitación discursiva que modela hábitos formales y retóricos. Sentimentalismos “razonados” o irracionalismos “sentimentalizados”, o el orgiástico y agitado descontrol de un azaroso acaso, no dicen del ritmo —fluencia, tensión y distensión vital— que es la forma del sentimiento que ha penetrado en la cosa y, desde ella y como siendo la cosa misma, la revela en su ser, vale decir, forma propia de un contenido para ese caso, y nada más que para ése.

Si pensamos que la apertura al mundo es a su vez la apertura del “mundo” humano y que desde él, y por la actividad sensible en dimensión inteligible accedemos al ser de la cosa y lo revelamos como siendo forma-contenido en su unidad irreductible, podemos pensar también, e incluso comprobar, que hay juicios de valor —aceptación o rechazo— que son juicios “a priori”, que nacen y afloran con su lúcida evidencia cuando nos dejamos ser sintiendo, vale decir, en estado de “inocencia” —que no debemos confundir con ingenuidad—. Y desde esta revelación que dicta el gesto nos atrevemos a decir que dentro del complejo anímico, el sentimiento es una función del logos, mental, no amorfa, sino lúcida y cargada de sentido, como así también, la emoción —siendo otra cosa que una función— es la resultante, la culminación, es la “forma” misma por medio de la cual se testimonia una realidad vivida, sentida, vale decir, un contenido expresado. En fin, diremos con el doctor Raynor Johnson en “*The Imprisoned Splendour*”, que: “Sabemos tan poco de la verdadera naturaleza de los campos electromagnéticos y las llamadas “partículas” que el reclamar para ellas la naturaleza de mente es cosa perfectamente plausible. Si, además, contemplamos el mundo biológico con sus indudables testimonios de propósito y

la necesaria implicación de campos y diseños mentales a los cuales la "materia" se tiene que ajustar, creo que podemos sentir que hay fuertes indicios de que el mundo subsistente es de naturaleza mental... Podemos considerar el mundo subsistente como trasfondo dominante de una Mente Universal con la cual nuestras mentes individuales están conectadas de una manera selectiva".

Si tenemos en cuenta que la expresión es un contenido primario del acto perceptivo, no un recuerdo actualizado, sino la resultante de la energía psíquica que acusa la mente como anticipo vital, selectivo y resonante de nuestro contacto con el mundo, comprenderemos que la emoción es ya "forma" de ese contenido que dice de cosas no aprendidas, sino "sabidas", siempre y cuando nos dejemos acontecer sintiendo y como penetrados y entroncados en la natural fluidez de lo existente. Pero este acontecer que arranca de la aprehensión de las apariencias visibles o audibles, base material para "el establecimiento de un mundo", como dice Heidegger, nos implica en otra dimensión, dimensión de apertura de la cosa que se entrega más allá de lo que está ahí en su opaca y hermética objetividad, es decir, que advenimos al plano luminoso por un acto desencadenante, resonante en el ser despertado. Contemplamos en la luz, luz en sí, no conceptual-deductiva. Somos la misma forma del contenido de la cosa, forma de exigir en el existente, apertura del mundo que es, a la postre, la que da sentido al ser obra de la obra, a la creación inédita en la expresión artística.

En otro plano, Walter Pater alude al mismo hecho cuando dice: "Los elementos de una composición están unidos de tal modo que el material o el tema no atraen sólo al ojo: ni la forma sólo al oído; sino que la forma y materia, en su unión e identidad, ofrecen un solo efecto a la "razón imaginativa", esa completa facultad para la cual cada pensamiento y sentimiento es hermano gemelo de su forma análoga sensible o símbolo". (Cit. por Herbert Read en "Arte e Industria").

La materia o soporte material en dimensión creativa, no es para el artista un mero elemento técnico o de su técnica; la materia se convierte en el *modo* de la forma, o sea que trasciende potenciándose en cualidad resonante en que el contenido se manifiesta. Es forma-vida, "hermano gemelo de su forma análoga sensible o símbolo", impresionante congruencia que promueve al ser desde la imagen al mundo imaginante, desde el mundo sensible al transensible.

El solo contacto con la imagen despertada —relación de sujeto y objeto presente— con ser un factor dinámico y creativo de la mente humana, no es factor suficiente para acceder al contenido de la obra de arte en

## ARTE

cuanto obra, ni para crearla o potenciar su dimensión trascendente. El juego de las imágenes, implantadas desde la obra en sí con vistas al percipiente que las recrea, es algo que puede aprenderse e incluso describir desde el mundo fenoménico del acontecer psíquico. Aún más, ello da lugar a bellas invenciones o a ingeniosos juegos formales carentes de todo contenido vital. En cambio, cuando la imagen creada es el trasunto del ser imaginante, es única, inédita, necesaria, vale decir, “sabida”, no aprendida. “Los caminos para aprender es asimilar; los caminos para saber es olvidar”, decía Lao-Tsé. Sólo cuando hayamos olvidado lo aprendido porque ya hemos encarnado lo asimilado, podremos liberar al ser de toda atadura retórica estereotipada. Sólo así el contenido vital fluye con su forma inédita que es el saber no aprendido. Hombre y realidad se constituyen como momentos de una misma dimensión. Lo objetivo y lo subjetivo rompen sus barreras para abrirse y penetrarse mutuamente en una interacción dinámica. Accedemos por la luz reveladora de la intuición al acaecer de lo real y damos testimonio de ello por medio de un símbolo creado, inédito y único para ese caso y nada más que para ése. De ahí la impresionante congruencia entre símbolo y simbolizado, entre forma y contenido.

### EL ARTE COMO CONTEMPLACIÓN

Podemos decir que solamente accedemos al contenido de la obra, nos insertamos en su ser, acontecemos en su esencia, cuando la contemplamos. Sólo así el hombre es la cosa expresada que arrastra consigo todo su mundo que es a su vez el mundo de la cosa, abierta, hecha luz; cosa que se revela resonando en el ser. Podemos decir entonces que el arte en cuanto experiencia contemplativa es la dimensión de sentido escarnado, vivencia. Es la conciencia emocionada de sentirse sintiendo, de verse, viendo en sí y en el todo. Acción interaccionada, movimiento en el *movimiento sin tiempo*, apertura y llegada a su vez. Es desde esta presencia revelada que el ser comprende el ser de la obra, adviene a ella abriendo lo aparente para acontecer en lo patente más allá de las meras formas en cuanto formas presentadas. Esta penetración supone un acto directo a través de un “relieve del psiquismo” que se aprehende a sí desde su propia dinámica, vale decir, no desde un conocimiento razonado, deductivo, sino, desde un saber no aprendido y en el mismo aflorar de vivencias despertadas. Heidegger dice al respecto: “Sobre todo, el saber en la manera de contemplar, está enteramente lejos de aquella habilidad de conocer, sólo por el gusto, lo formal

de la vida, sus cualidades e incentivos, precisamente porque la contemplación es un saber". ("Origen de la Obra de Arte". Cf. "Arte y Poesía").

Desde este saber genuino, vivenciado, que configura al acto contemplativo, el ser accede a la obra, al ser de la obra, a su contenido vital. Además, es la senda por la cual nos introducimos en la obra, en su realidad expresiva y expresada, en su verdad. Pero esta verdad, verdad vivida, sentida por medio de la contemplación, no es la verdad de la ciencia que exige demostración, un orden para el conocimiento. El arte no demuestra, sólo presenta su verdad, la cual, felizmente no es agotable. No puede ser descripta y, en cuanto experiencia, no es transferible ni para todos igual o semejante. Siempre es nueva e inédita para cada acto contemplativo auténticamente asumido. Es una aparición que aparece o no aparece, que resuena o no resuena. No evoca una experiencia anterior ni recuerda: está ahí en su revelación actual para ese momento y nada más que para ése, y nunca igual.

La contemplación del arte parte de una ontología directa, aprehensión total no razonada. Fenómeno mental y ubicuo de la naturaleza humana, principio operativo natural de la dinámica psíquica no parcelada sino armónicamente ensamblada en el todo mental al que hicimos referencia. Es además lo que da *tono* e informa a todo acto creativo y que aparece allí donde nos dejamos ser sintiendo y como aconteciendo, más allá de las reglas lógicas, más allá de las cosas y sus apariencias; sólo contemplamos cuando convivimos en los nexos, en lo que las cosas relacionan. Contemplar es ya desprenderse de la imagen para acontecer desde el mundo imaginante, no alucinante. Contemplar es subsumir el yo en el ser para acceder a las profundas aguas no contaminadas donde reside el ser de la obra.

Para comprender esta natural y primigenia manifestación del espíritu humano, esta forma de ser en el mundo, manera de coparticipar y expresar a la vez los contenidos vitales, y donde, si hay una lucha, no lo es por la existencia física, sino por la espiritual, diremos con Heidegger: "La contemplación de la obra no aísla al hombre de sus vivencias, sino las inserta en la pertenencia a la verdad que acontece en la obra, y así funda el ser-uno-para-otro y el ser-uno-con-otro como el histórico soportar el existente por la relación con la no-ocultación". (Op. Cit.).

La revelación que inserta al hombre con sus vivencias en la verdad de la obra contemplada dice también de... "aquel aspecto alusivo de la realidad que comunmente se piensa que es amorfo y caótico, al objetivar la emoción y la vida interior, haciéndolas visibles o audibles o de algún



## ARTE

modo perceptible a través de un símbolo para que puedan ser contempladas". (S. Langer, "Problems of Art"). Estas reflexiones nos aproximan más al auténtico sentido del hacer artístico que se nos entrega sólo y únicamente por un acto contemplativo, en la dimensión sin dimensión, "en el éxtasis mismo de la novedad de la imagen", en la armonía participada, en el sentimiento compartido, lejos ya del espectáculo por donde el hombre suele escapar para cubrir los huecos ociosos de su vida.

El arte por su naturaleza y por su ausencia es... "una actividad ritual que consagra el establecimiento ontológico de la comunidad y provee al hombre no de un refugio transitorio en el espacio objetivo, sino de un anclaje trascendente para su existencia en el mundo". (G. Gusdorf, "Mito y Metafísica"). Esta apertura al mundo, este ser-en-el-mundo sin un antes y un después y en el ahora contemplado, parte y se genera, en primera instancia, por la toma de contacto con la percepción expresiva, insertados en ella y desde ella. La percepción expresiva —no la técnica-geométrica o formal descriptiva— es un hecho natural en cuanto respuesta y advenimiento vivo, emotivo y resonante que homologa en la mente un aspecto significativo, connotativo de la forma observada y como imagen recreada. Este impacto primero, este despertar a las fuerzas físicas que se transmutan en energías psíquicas, allí, en su origen, es siempre y primariamente una respuesta expresiva y, a su vez, componente vital y necesario que nos impulsa a la posibilidad de trascendernos en un acto contemplativo, o sea que el ser acontece inmerso en la cosa expresada y como siendo la cosa misma.

Debemos observar que la obra de arte es una realidad objetiva, visible o audible, que está allí, frente al sujeto, como cualquier otra cosa en el mundo de las cosas factibles de ser descriptas o analizadas. Pero debemos observar, también, que la obra de arte no pertenece a este género de cosas por su destino y esencia. Ella está propuesta en función desencadenante, dinámica, con miras en primera instancia al sujeto o sujetos percipientes y como capaz de provocar una imagen del sentimiento en ellos, y sentimiento que no está en la obra, sino en el sujeto que contempla y en el artista que crea la obra. Esta emoción vivenciada, revelada, mostrada —no demostrada discursivamente— acontece desde un símbolo perceptible o audible que es la "forma" de un sentimiento en su calidad de proyección simbólica. Proyección que configura a la imagen de una emoción inteligible que se posesiona del ser y es creada por su mente. Mente que ha penetrado en la cosa —por eso sentimiento objetivado— y que no se detiene para raciocinar o sacar consecuencias, sino que es la misma consecuencia desde su acontecer vital, desde el mundo imaginante y en la luz de la in-

tuición despertada, vale decir, contemplada y desde la contemplación de su propio y natural acaecer dinámico. Por esta razón el artista no representa ni reproduce cosas ni tampoco narra hechos en cuanto hechos. El auténtico artista simboliza la vida emotiva, la vida sentida, revelada en su esencialidad dinámica, hecha presencia en el ser, resonante en la existencia y en su existencia encarnada en el existente. Esta presencia no se da sin su emoción porque es la misma emoción de ser, y no un mero estado afectivo. Así el sentimiento en el plano inteligible es una función y como tal instaura su forma propia para ese momento y nada más que para ése. Dice de una dimensión de sentido, y todo lo que adquiere sentido es forma que pugna por expresarse, vale decir, emoción formada que quiere objetivarse. Pero esta emoción no tiene cara propia representable ni admite ser descripta, se presenta tras un símbolo, se oculta tras la metáfora. Con símbolos y metáforas trabaja el artista para presentar el auténtico contenido del arte desde formas sensibles —símbolo presentativo— que aluden a la vida con sus tensiones y sus distensiones. Pero, se hace necesario observar, por ejemplo, que en un cuadro no existen tensiones y distensiones vitales en cuanto cosa. Todo yace bajo su muda objetividad. Sólo espera ser contemplado desde su todo, desde su cuerpo total. Sólo así abre su ser para entregarnos su vida palpitante por cuanto ya es nuestra vida despertada con sus tensiones y distenciones, cantándose, fluyendo en el ritmo vital por medio del cual acontecemos en la verdad de la obra que es nuestra verdad revelada, vale decir, sentida.

#### EL ARTE COMO ACTITUD CREADORA

Cuando se creía —se lo cree aún— que el arte nacía fundamentalmente de una necesidad imitativa, manera de representar, de reproducir aspectos de las cosas o seres, poniendo además su acento en la objetivación de estados emotivos subjetivos —con o sin referencia directa a la realidad aparential del mundo— no podía pensarse en el acaecer autónomo del arte y, menos aún, en la singularidad esencial del acto expresivo.

El arte es hecho, es formado, como son hechos y formados todos los objetos y cosas que el hombre confecciona. En rigor, no por ello diremos que estos objetos son creaciones. A lo más serán magníficas invenciones que no se trascienden a sí mismas ni pretenden otro destino. Las podemos conocer desde su cuerpo y desde él, describir e, incluso, admirar. Pero se agotan y se “gastan” en el puro conocimiento y en la adecuación

## ARTE

congruente entre lo que observamos, pensamos, deducimos. El arte en cuanto creación no se entrega desde la sola admiración o desde un tono afectivo sentimental, rememorativo o por hábitos de gusto, sino desde la contemplación y en el grado en que promuevan la libertad ontológica, en el instante revelado que le dio origen, en su novedosa resonante y nunca igual. Podemos decir que desde la contemplación del ser-creado se nos entrega en su esencialidad inagotable porque a su vez nos hemos abierto en la cosa y más allá del mundo fenoménico puramente psicológico. Por esta razón, Gastón Bachelard ha afirmado lo siguiente en su obra "La Poétique de L'Espace": "Decir que la imagen poética escapa a la causalidad es, sin lugar a dudas, una declaración que tiene su gravedad. Pero las causas alegadas por el psicólogo y psicoanalista no pueden jamás explicar bien el carácter realmente inesperado de la nueva imagen, tampoco la adhesión que ella suscita en un alma extraña al proceso de su creación. El poeta no me confiere el pasado de su imagen y sin embargo, su imagen toma de repente raíz en mí. La comunicabilidad de una imagen es un hecho de gran significación ontológica".

La dimensión ontológica, lo inesperado de su aparición original, su posibilidad de ser transferida a pesar de su acaecer singular, constituyen los auténticos procesos generadores que tanto valen para el creador como para el contemplador y para cualquier género de arte, sea éste plástico o musical.

Las reflexiones anotadas nos alertan también, sobre todo, frente a los síntomas educacionales referidos al arte cuyo énfasis está dirigido especialmente al plano instrumental, técnico y puramente pragmático de un proceso y en donde el ser se hace habilidoso y conocedor de medios en detrimento del ser originariamente creativo y vital. Sistemas que parten siempre y nada más que del objeto, del modelo, de fórmulas estáticas reproducibles y descriptivas, vale decir, del ejemplo estereotipado de superficie sin asomarse a lo dinámico de la imagen en su acaecer naturalmente expresivo. En este sentido, sentido del arte creativo, la imagen no es un objeto ni su sustituto. Es una creación de la mente humana por medio de la cual el ser se pone en movimiento para abrirse desde allí y desde su realidad específica generadora, al mundo imaginante.

Desde este hecho nos hemos desprendido del objeto presente, en cuanto cosa visible o audible, para penetrar en su contenido no demostrado, sólo vivenciable en su forma vital porque es ya también nuestra "forma" en dimensión ontológica. Por esta razón el artista no convive, en cuanto creador, en el mundo de las cosas, sino, en lo que las cosas significan, va-

le decir, en el mundo de las cosas significativas, simbólicas, en su dinámica y en cuanto factores desencadenantes de la imagen y desde su nivel vital. Toda dirección educacional que no marchite este saber de la imagen, apunta de hecho a las resoluciones creativas del espíritu, a un aflorar de la luz interior que ilumina al cuerpo mediador sensible para elevarlo al plano inteligible, y en donde el alma se hace presente inaugurando su propia presencia que genera el gesto, penetra en la cosa, la revela en su ser, es la cosa misma.

A esta altura podemos pensar que la pura técnica por la técnica desaparece, la pura forma por la forma no es vigente, lo aprendido se ha olvidado. Sólo aparece lo sabido que ha aflorado en su forma inédita, en su justa medida y economía de medios, en su ritmo propio palpitante y necesario, en la libertad de ser contenido en la armonía, única manera de ser no siendo, única manera de acontecer expresándose y de plasmar la forma auténtica de un contenido vital. El creador se anominiza, diluye su yo en el ser que acontece en la imagen y en el "instante de la imagen". Está presente y sólo comprende sintiendo; no conoce porque sólo sabe lo que no ha aprendido. Contempla, por eso crea. No inventa ni repite, ni se repite. Acontece en el ahora luminoso, en el ahora revelado. Se obedece porque ya es la forma de un contenido vital que pugna por permanecer, por habitar, por expresarse y reposar en su residencia objetiva, "en la casa del Ser".

Podrá decirse, pues, que la actitud creadora consiste en la elaboración de una forma donde se hace presente la huella del sentir revelante de un contenido. Se aunaría de este modo la situación escindida a que nos conduce el mundo cotidiano: por una parte el sujeto aislado, a quien se le dan, por otra, los múltiples objetos que descansan en su indiferente objetividad, en su sorda presencia, en el sin sentido del sentido limitado del hombre sin lo humano, en el hombre objeto, fijado en la angustia de pasar y volver a pasar en el mundo de las cosas, en el mundo sin mundo penetrado. La actitud creadora elaboraría un medio —color, línea, sonido, palabra— para poner de manifiesto el significado de los contenidos del mundo; significado que lo sería para el sujeto creador y para todos aquellos sujetos que participen en la lectura poética del sentido del "mundo". De este modo quedaría caracterizado lo específico del arte con respecto a otras actividades y actitudes que nos ponen en presencia de su sentido. El sentido del arte se traduce en una experiencia tan sólida como lo es la experiencia de la cosa. Pero no de una cosa indiferente o enemiga, sino. con la amistad y el amor que implica la revelación de un común origen. El sentido que nos

## ARTE

propone la ciencia, en cambio, nos adviene desde la generalización que abstrae toda experiencia concreta. Y como toda experiencia concreta nos está vedada, debemos recorrer el camino de la conclusión mediante un raciocinio que habría que respetar con el más riguroso escrúpulo para no extraviar la ruta. En este caso nos está prohibida la aventura del libre juego de la imaginación y nos es obligatoria la seguridad. En cambio en el arte no hay reflexión sobre la cosa y por lo tanto tampoco temor de extravío; hay la aventura que es la inauguración de la cosa.

En la aprehensión que es el arte no hay temor a errores porque no es una reflexión sobre el mundo, sino, la apertura del mundo mismo, es decir, la experiencia vital desde la cosa misma.